

EPÍSTOLA AL PEQUEÑO INVERSOR

por Francisco León

Mi estimado pequeño inversor:

Permíteme que me dirija a ti en un tono que no quisiera admonitorio ni crítico. Mis palabras no pretenden ser más que una llamada, un toque de atención que haga despertar en ti la conciencia dormida de tu situación real.

Tú —como yo, como todos— eres un producto del capitalismo. Este sistema económico precisó, en un momento determinado de su desarrollo, de una mano de obra abundante y barata que permitiera la elevación de los beneficios, el descenso de los costos, la generación de riqueza y lujo.

Así naciste tú, aunque en aquel momento no eras aún lo que ahora has llegado a ser. Me explicaré.

Los patronos precisaban hacerte rendir durante muchas horas a fin de rentabilizar sus inversiones y seguir aumentando sus ganancias. Por ello te explotaban y, junto a ti, a muchos otros que, como tú, necesitaban un trabajo para mantenerse a sí mismos y a sus familias. De modo que trabajaste hasta la extenuación, durante jornadas cada vez más largas y agotadoras. Hasta que, en un cierto momento, miraste a tu compañero de esclavitud, y él, quizá, te devolvió la mirada. De pronto, os sorprendisteis todos mirándoos unos a otros, comprendiendo por vez primera vuestra situación: explotados, embrutecidos, reducidos a una condición más animal que humana. Sólo entonces os decidisteis a luchar, a reivindicar menos horas de trabajo, mejores condiciones de seguridad y salubridad, mayor salario. Ya que te obligaban a venderte como una mercancía, deseabas, al menos, aumentar tu precio en el mercado. Nacieron los teóricos que, como Marx, pretendieron reconocer en tu situación los síntomas de una próxima liberación del género humano al que —pensaba él— tú representabas, con sus grandezas y sus miserias, su opresión y sus ansias de libertad. Y la teoría se transformó en acción práctica. Los sindicatos te ayudaban a organizarte y a tener la posibilidad de expresarte; los partidos se situaron en la vanguardia de tu lucha, prometiendo un futuro de libertad a cambio de un presente de disciplina y esfuerzo. ¡Todos juntos podemos hacerlo! se gritaba por doquier. Te sentiste, por vez primera, como miembro de un conjunto de iguales, como hermano de todos aquellos que trabajaban y eran explotados, reprimidos y destruidos lentamente a tu lado.

Te dijeron que otros como tú habían conquistado el poder en el Este. En ese momento te sentiste fuerte. Allí se estaba llevando a la práctica lo que tantos habían soñado, lo que tú mismo habías deseado durante tanto tiempo. Pero aquí, donde tú vivías, no era aún posible tomar el poder; tus compañeros dudaban; tus organizaciones hablaban de ausencia de condiciones objetivas; algunos os convocaban a

una acción decisiva, pero la mayoría callaba y esperaba. ¿Qué ocurriría?, ¿por qué ese silencio? Poco a poco, casi insensiblemente, tu situación había cambiado. Ahora podías algunas cosas, no muchas, es cierto, pero ya podías perder algo más que tus cadenas. Junto a tus compañeros preferiste escoger la reforma antes que la revolución; te decidiste a apostar por las pequeñas mejoras, que podían concluir —pensabas— en un futuro semejante a aquel otro que tus iguales del Este habían obtenido a fuerza de horrores y privaciones. De este modo, sin darte cuenta, te fuiste olvidando de los objetivos iniciales que habían marcado tu acción. Seguiste luchando, continuaste reivindicando y muriendo incluso, por los grandes ideales, pero a medida que tu fuerza iba aumentando, que los grandes poderes de la Economía y del Estado se plegaban a tus deseos, fue apagándose en ti la llama de la revolución, del cambio radical en la orientación del camino de la humanidad.

Hasta ese momento el Capital había utilizado todas sus armas en una estrategia de oposición a lo que tú representabas: la policía, la justicia, el ejército, cuando era necesario, eran los baluartes del poder del Dinero para mantenerse a raya. Pero, en un imperceptible movimiento, llevado a cabo con lentitud, a fuerza de ventajas arrancadas por tus luchas y concesiones deliberadas del Poder para acentuar su dominio, se fue constituyendo una nueva sociedad. En ella desaparecieron las mayúsculas; el Poder se diluyó en la multiplicidad de los poderes; cada cual podía considerarse, en una minúscula medida, como detentador de una porción de dominio: los sindicatos decidían la política de empresa junto con los gestores, las asociaciones de vecinos controlaban los planes urbanísticos, los alumnos consensuaban con los maestros los métodos de enseñanza... Incluso pareció desaparecer el Capital, metamorfoseado en un difuso conglomerado de índices de inflación, gasto público, rentabilidad, o precios. La Producción misma cambió de carácter. Para los teóricos clásicos, este concepto representaba el nexo que permitía unir una sociedad basada en la riqueza progresiva y en la transformación del entorno, con la Naturaleza, punto de origen y referencia permanente del ser humano; el hombre —decían— al producir, transforma la Naturaleza, la humaniza, colabora con ella en el desarrollo de todas sus posibilidades. Pero el Capitalismo constituye un sistema de producción irracional, que reduce la producción a la fábrica, donde el ser humano pierde su condición racional y su libertad, que ha de buscar fuera de su trabajo, fuera de lo que constituye su ser. Y a este fenómeno lo denominaron *alienación*.

Cuando todo comenzó a ser diferente, ese ansia de libertad estalló; ningún dique era capaz de contenerla. Se extendió como una mancha de aceite el rechazo a una forma de trabajo que escindía al hombre en dos mitades: en la fábrica, explotación, rutina, embrutecimiento; en el exterior, vida, búsqueda del cumplimiento de los deseos, placer. Este hombre esquizofrénico reivindicó el derecho a la pereza y perdió el miedo a la libertad. El Poder, el Capital se tambalearon: Mayo del 68 quedaba sellado como la fecha del principio del fin. Los trabajadores salieron por fin a las calles, las inundaron con sus gritos, con sus celebraciones.

Pero el Poder no había sido derrotado; disgregados en grandes áreas de control, los poderosos se retiraron a las catacumbas, y allí elaboraron su nueva estrategia: si los trabajadores querían abandonar la fábrica, dejémosles salir a respirar el aire

fresco de una aparente libertad, transformemos la calle, la sociedad toda, en una enorme fábrica! De este modo, toda la imaginación puesta al servicio de la lucha por la recuperación de la vida, sería inmediatamente reabsorbida por la obtención de beneficios. Favorezcamos las iniciativas del pueblo —se dijeron—, pues ellas serán las que nos saquen de la crisis en la que nos encontramos. Construyamos una imagen ilusoria de la realidad, de tal modo que los desheredados crean formar parte del sistema, piensen que reparten los beneficios con nosotros, y se esfuerzan con ahínco por aumentar nuestras ganancias, como si en realidad estuvieran aumentando las suyas.

Ya te he recordado, mi querido pequeño inversor, cómo, para lograr sus objetivos, los Señores del Dinero habían tenido que emplear siempre mano dura contigo. Todos los aparatos del Estado estaban puestos a disposición de la represión de los más mínimos intentos de emancipación: la policía te detenía, la justicia te condenaba y, si tu movimiento se extendía y la solidaridad llegaba excesivamente lejos, el ejército imponía la fuerza de las armas. Mas, en el esfuerzo por integrarte, debían dejar que el control fuera ejercido por ti mismo: como tenías algo que perder, te contaría el miedo; como te ilusionaban con el espejismo de lo mucho que podías ganar, te dominarían mediante la esperanza. Ellos querían aprovechar de ti hasta la última molécula. Necesitaban de tu potencia innovadora, que ellos habían perdido en el camino que conducía desde aquellos primeros tiempos en que, como clase en ascenso, ansiaban conquistar el mundo, hasta la decadencia actual de un grupo de privilegiados que engordan al calor de lo obtenido por sus antecesores. Descubrieron, así, que toda la energía que, unido a tus compañeros, formando un solo pueblo, desarrollabas en tu vida ajena a la producción, podía ser utilizada en su provecho. De modo que decidieron proporcionarte los medios necesarios para que pudieras inventar nuevos modos de crear riqueza.

El desprestigiado materialismo del dinero fue cuidadosamente ocultado. El mito de la bolsa bien llena fue sustituido por el de la tarjeta de plástico, más impersonal, menos llamativa. Se repartieron a mansalva; aparentemente, ella igualó a todos, pues todos las poseían, y todas pesaban lo mismo; al fin y al cabo detrás de ellas sólo había unos abstractos guarismos con más o menos ceros, codificados, imperceptibles a la simple mirada. Todo se hizo, entonces, más superficial, más transparente. La realidad misma se hizo irreal. Tus posesiones no dependían de tu dinero, sino de tu crédito; podías asistir a la muerte en directo, puesto que, en pocos segundos, la televisión te asomaba, con la misma indiferencia, a las desventuras del vagabundo de tu ciudad, y al hurrer de los famélicos niños del más ignorado país centroafricano; tu propia vida se fragmentaba en pequeños actos comunicativos, mediados por instrumentos electrónicos cada vez más abundantes y sofisticados. Te considerabas libre, pues eras dueño de tus acciones, de tus elecciones. Las figuras represoras se habían alejado tanto que hasta podía dudarse de su existencia. El jefe era un ser sonriente que te animaba a colaborar en la elaboración de los «proyectos», como lo hubieras hecho un amigo que sólo desea tu bien; el policía era una figura deseada, en medio del peligro de unas calles llenas de delincuentes dispuestos a acabar con tu propiedad y tu vida; el gobierno no era más que alguien que te exigía hacer una vez al año una declaración de la renta, y unos rostros televisivos,

siempre quejoso por lo mal que les comprendías, por lo poco que valorabas su entrega por ti.

¿Habráis llegado, por fin, a ser un habitante de ese mundo feliz anunciado por todas las utopías? Porque de los terrores que profecían las otras utopías, las negativas, el *1984* de Orwell o el *Mundo feliz* de Huxley, nada parecía quedar. Ni éste era un mundo donde la información se hallara rigidamente controlada, pues, muy al contrario, nunca se había suministrado mayor número de informaciones, incluso hasta la saciedad, ni la manipulación genética parecía adquirir tintes dramáticos, contenida en sus pretensiones por cientos de tecnificadas comisiones éticas. Tan sólo cierta depresión de origen desconocido te acometía de vez en cuando; pero una pastilla (al fin y al cabo no es una droga) te devolvía rápidamente el tono vital. Todo hacía suponer, pues, que te encontrarías, si no en el paraíso prometido, sí, al menos, en el mejor de los mundos posibles.

Quizá por eso te sentiste repentinamente liberado de la sujeción de obligaciones morales o políticas: ya no era preciso entregar parte de tus energías vitales a la causa de la transformación de la realidad; ni siquiera necesitabas reflexionar sobre las motivaciones o las consecuencias de tus acciones en nombre de unos valores que habían entrado en una quiebra irreversible, barridos por los aires de los nuevos tiempos. Había llegado el momento de retornar al ámbito de lo privado, de ocuparse cada cual de sus propios asuntos, dejando las grandes cuestiones públicas a los planificadores y a los expertos. Así, descubriste un nuevo espacio donde aplicar todo tu ingenio y tu voluntad: la economía. Te sorprendiste a ti mismo leyendo con avidez aquellas páginas finales del periódico, que antes considerabas monopolio de los explotadores; te encontraste navegando en la vorágine de ofertas, índices de rentabilidad, ocasiones únicas, tipos de interés, o desgravación fiscal; te descubriste apasionado, husmeando, en revistas y libros de divulgación, las claves del nuevo modo de aprovechar las excelentes «perspectivas macroeconómicas», tal como no cesaban de proclamar los medios de comunicación con machacona insistencia.

Nadie podía sustraerse a tamaña tentación cuando a tu alrededor se levantaban imperios y fortunas a partir de mínimas inversiones, cuando incluso tu más o menos cómoda vivienda alcanzaba, de la noche a la mañana, precios astronómicos, cuando parecía al alcance de cualquiera comprar un coche nuevo o un chalet en la sierra. Te sentías como envuelto en una tranquilizante atmósfera de progreso, bienestar y posibilidades de futuro.

Si, a pesar de todo, alcanzaran a llegar a tus oídos ciertas voces agoreras, que te recuerdan que en tu país ocho millones de personas viven al otro lado del umbral de la pobreza; que tres cuartas partes de la humanidad sucumben al hambre y a las privaciones; que docenas de pueblos luchan en guerras fratricidas para que las naciones industrializadas conserven su *pax romana*; que, en fin, estamos cayendo en manos del materialismo y el hedonismo más bajos, sumidos en las aguas del placer y el disfrute de las cosas, y olvidando los verdaderos valores humanos imperecederos, pues no están sujetos a los riesgos de los vaivenes de las circunstancias... todo ello te sonará, sin duda, a discurso periclitado de quien no es suficientemente audaz o inteligente como para adaptarse al irreversible movimiento de los tiempos. Por eso, qué más te podría decir yo, mi querido amigo, mi semejante, sin adoptar el to-

no moralizante de quien lanza rayos y centellas, mientras augura todos los fuegos del infierno a quien no tome en cuenta sus prudentes advertencias. Tan sólo he pretendido recordarte de dónde provienes. Que eres de una raza que tuvo que soportar toda clase de humillaciones por parte de aquellos a quienes hoy, ilusamente, pretendes imitar. Que tu verdadero valor no reside en alcanzar la seguridad que proporcionan unos pequeños beneficios, obtenidos a partir de unas miserables ganancias ahorradas con ímprobos esfuerzos. Que tú representas la mejor posibilidad de salvación de lo que queda de humano en un mundo dividido entre quienes poseen tanto que se han construido una moral propia, y quienes nada tienen, ni tan siquiera la posibilidad de elevar su mirada más allá de lo necesario para la mera supervivencia diaria. En ti, en cambio, resuenan aún los ecos de viejas canciones revolucionarias; contemplas, en el filo del abismo, a los mayores explotadores y a los más explotados. Cantos de sirena tratarán de atraerte hacia el vagón de cola del tren de los poderosos, donde te sonreirán mientras la situación ofrece tinte optimista, y de donde te despedirán agríamente cuando supongas una rémora para sus intereses.

Pero, mientras tanto, quizá hayas perdido los últimos restos de ese espíritu de humanidad, de ese impulso ético que vieron en ti quienes un día proclamaron que tú representabas al hombre solidario del futuro.

Francisco León Florido

Filósofo del Instituto Emmanuel Mounier